

EL PORVENIR

PERIÓDICO CARLISTA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un trimestre, 1 peseta; un semestre, 2 id.; un año, 4 id.; número suelto, 0,10 id.

Pago adelantado.

Se publica los miércoles.

Administración: Bajada de Carmelitas, núm. 1
á donde deberá dirigirse toda la correspondencia.

TARIFA DE ANUNCIOS

En tercera y cuarta plana, á precios módicos.

Por ajuste de trimestres completos, se hará el 15 por 100 de rebaja.

VIVA ESPAÑA Y LOS MÁRTIRES DE SU TRADICIÓN

LA CORONA DE LOS MÁRTIRES

(Para EL PORVENIR, de Toledo.)

La Cruz clavada en el Calvario dividió la historia en dos hemisferios, el de las tinieblas gentilicás y el de las claridades cristianas: se convirtió en eje del mundo social, y para que éste, en sus movimientos de traslación, no se apartara de la órbita de la justicia, puso en las almas las atracciones de la caridad, y para que la vida no se marchitara con la dictadura brillante muchas veces, pero casi siempre fría, de los entendimientos, puso sobre la aristocracia de las inteligencias la dinastía de los corazones inflamados por el amor de los amores.

Por eso, cuando hay tiranos en el solio y no hay mártires en el circo; cuando se contemplan las orgías de las ciudades y no se ven cenobitas en las montañas ni anacoretas en el desierto; cuando los Césares se ciñen la tiara y no hay en los campos Cruzados; cuando los tiranuelos ultrajan el honor de la madre y los hijos callan, el vaho del error y de la culpa obscurece en los Cielos la cruz, y la noche tenebrosa del paganismo vuelve á extender su manto funeral sobre los hombres. Entonces los espíritus se enervan, los entendimientos desmayan, las voluntades enferman, nublase las frentes y los brazos caen postrados.

¡Tiempos terribles en que las naciones pasan por el periodo glacial que recorrió la naturaleza! Todas las bajas pasiones fermentan y los grandes sentimientos mueren. La envidia reemplaza á la emulación, el cinismo al valor, la ambición al amor á la gloria, y hasta la vanidad femenil usurpa el puesto al orgullo. La concupiscencia impera en los dominios antes sujetos al cetro del deber. Hay entonces choques de pasiones, batallas de apetitos por saltar el botín y repartirse la presa; se lucha por la existencia individual aunque la social sucumba.

No busquéis ya los grandes combates en que las legiones pelean á la sombra de una bandera y van serenas á la muerte iluminadas por un ideal. La tierra está seca porque falta la sangre del mártir, que la fecunda. Sin esa sangre, toda lozania social se agosta.

Desde que la Iglesia, flotando sobre las olas de sangre con que los mártires anegaban las galerías de las catacumbas, é impulsada por ellas horadó la tierra y salió radiante á la superficie para tomar posesión del mundo, toda redención social tiene que venir precedida de mártires y seguida de Cruzados. Pueblo que no produce los primeros, si busca los segundos, encontrará sólo mercenarios. En cambio,

Nación que produce mártires tiene un signo infalible de predestinación á la gloria.

¿España los produce? Mirad ese río de sangre que pasa al través de nuestra historia bajo el cetro y la Cruz enlazados con palmas y laureles, y si remontáis su curso y recorréis sus cascadas y sus remansos hasta llegar á las fuentes, no las encontraréis, ni en los Cruzados del siglo XIX, ni en las grietas de las rocas de donde brota la reconquista, ni siquiera en los circos romanos, donde caen á millares las vírgenes y los santos; tendréis que ascender más, subir hasta la cumbre y ver en el costado del Redentor, y en la frente desgarrada, y en las manos y en los pies taladrados por nuestras culpas, las fuentes divinas de donde sale ese río que unas veces parece un Océano y otras arroyo; pero que ya desbordándose por nuestra historia, ya deslizándose por canales subterráneos bajo los alcázares de la revolución, nunca ha dejado de correr sobre esta tierra de España.

Esas fuentes divinas que, según la frase de Renan, apagaron la sed de amor de doce siglos de ascetas, no se secarán jamás, y mientras la fe esmalte en nuestras almas el ánfora sagrada que ha de recibir algo de ese raudal de eterna vida, la esperanza será nuestra compañera y el triunfo un galardón á la obra de los Cruzados y de los mártires, entregado como una corona después del combate definitivo por Aquel que, no dejando de premiar ni un vaso de agua que se dé en su nombre, no ha de dejar sin recompensa los martirios, las lealtades, los sacrificios, los dolores y las abnegaciones, que por la grandeza del fin supremo que los inspira, tienen algo que sale de los límites del tiempo, y sólo el que es infinito, puede abarcarlos con una mirada satisfecha de esperanza y de amor.

Juan Vázquez de Mella.

Madrid y Marzo 1906.

Fiat, fiat, fiat.

Ocurre con nuestro Mella un fenómeno singular. Su último discurso es siempre superior á todos los anteriores. Puede decirse que ese hombre insigne se excede y supera en cada discurso á sí mismo.

¡Qué gloria tan grande la que tan esclarecido varón da á Dios, nuestro Señor, con sus elocuentísimas apologías del catolicismo, donde suena su voz arrebatadora, particularmente en el Parlamento, y qué servicios tan importantes los que presta á la Patria, á todos los fundamentos de la sociedad y á la Monarquía tradicional!

Pero en medio de la admiración y del regocijo que produce entre los suyos hombre tan portentoso, preciadísimo don hecho por Dios nuestro Señor á la comunión carlista en los actuales tristísimos tiempos, causa no pequeño dolor verle tan poco acompañado en el Congreso y tan imposibilitado, por lo tanto, de que su acción parlamentaria sea completa.

Mucho hacen los Sres. Barrio y Mier y Llorens con su respectiva labor en el Congreso de los Diputados; pero también son estos señores dos grandes figuras tradicionalistas que, cual el incomparable Mella, no pueden completar su acción parlamentaria por falta de auxiliares.

A la comunión carlista le es menester, para que su acción en el Parlamento sea lo que debe ser, tener Diputados que, bajo la dirección de los tres indicados señores, singularmente del gigante de la elocuencia, fiscalicen á diario al Gobierno con preguntas é interpelaciones, presenten proposiciones incidentales con firmas propias, pidan y obtengan sin necesidad de auxilio ajeno votaciones nominales, formulen y defiendan enmiendas á los proyectos de ley, hagan obstrucción cuando convenga, ejecuten, en fin, la guerra diaria, la guerra de guerrilla, quedando, además de la continua dirección, las grandes batallas, las batallas, digámoslo así, campales, para el imponderable Mella y los otros grandes adalides. Así es como la acción parlamentaria de éstos sería completa y daría frutos inmensos.

Esos Diputados deben ser jóvenes, instruidos, elocuentes, animosos, dispuestos siempre al combate; y por la divina misericordia no faltan esos jóvenes en el carlismo. Cada juventud carlista es un plantel de ellos. No quiero citar nombres propios por no lastimar con omisiones involuntarias á ninguno. ¡Qué cooperación tan extraordinaria no prestarían á la labor del gran Mella y demás adalides carlistas siete ó más jóvenes de esas cualidades! El carlismo debe, en mi humilde sentir, trabajar todo lo posible y hacer cuantos sacrificios sean precisos para llevar ese número de correligionarios jóvenes al Congreso. ¿Se ha olvidado ya lo que la causa carlista ha debido á sus falanges parlamentarias, ó es que hemos venido tan á menos que nos hallamos imposibilitados para llevar la que queda indicada al Congreso? Como ninguno de ambos extremos puede admitirse, hay que acariciar la esperanza de ver pronto la expresada falange en el Congreso de Diputados para bien de la Iglesia, de la Patria y del Derecho.

Fiat, fiat, fiat.

Cruz Ochoa.

Confraternidad.

(Para EL PORVENIR, de Toledo.)

Dentro de la Comunión Tradicionalista no se ve esa aparatosa diferencia que la adulación, el servilismo, el afán del medro y el espíritu hipócrita de aparecer cosa diferente de lo que realmente se es, ha introducido el liberalismo.

Ante la muerte de un soldado de la Legitimidad, los supervivientes le rezan y se acuerdan de su alma, como perteneciente á su gran familia, lo mismo si ostentaba el fajín de General, que el humilde y sencillo traje de voluntario.

Este es, aparte del fin principal que se propuso el R... al instituir esta fiesta, uno de los aspectos que avaloran el feliz pensamiento del Nieto de cien reyes. La confraternidad sin preferencias, iguales todos, desde su augusto Abuelo al último de los fieles guerrilleros, que todos lucharon como buenos; y al bajar á la tumba, para traspasar los linderos de la eternidad, no hay prerrogativas, no hay preferencias terrenas; los méritos medirán por la intención de las buenas obras, y cada cual rendirá cuenta de las realizadas, según los talentos que Dios le hubiese dado.

El aniversario de la muerte del primer despojado de la revolución que levantó pendón, para reivindicar los derechos de Dios, de la Patria y de la legitimidad, fué escogido por el augusto Nieto, que ha rechazado halagos y preferido como Aquel el ostracismo, antes que renegar de los principios que honran su egregia estirpe, esto es, traicionar á la Patria y vender por un plato de lentejas su primogenitura.

«¡Rezad por los mártires de la tradición!», dijo el R...; esto es, por los que lucharon por los lemas de la bandera que cobijó á nuestros padres é hizo grande á la Patria; y sus leales escucharon el ruego, más que mandato, y elevan hoy sus oraciones fervientes por esa masa anónima y benemérita de diferentes siglos, que compenetrados en creencias y en amores, aunaron sus esfuerzos para pelear por la buena Causa, y, victoriosos ó derrotados, bajaron á la fosa, mientras sus almas subieron al tribunal de Dios, confiadas de haberle servido.

Fraternidad hermosa que manifiesta esta institución, demostrativa del alma grande del caudillo de La Tradición Española y los sentimientos de sus soldados, que identificados uno y otros en una misma fe y unos mismos querer, abren horizontes de esperanza, que seguramente los permite Dios, merced á la constancia en el sufrimiento de sus cruzados, para que sea realidad dichosa, en tiempo no lejano, el que los principios por los que tantos lucharon y tantos murieron, imperen en España.

J. Font y Fargas.

La despedida del voluntario.

¡Adiós, familia querida!
¡Adiós, mi pueblo y mi casa!
En el campo la corneta
toca incesante llamada
y yo debo ir en seguida,
pues que soy hijo de España
y llama el R... á los buenos,
y está otra vez desplegada
la bandera de los lemas
que la hacen tres veces santa.
El fiero grito de guerra
desde el llano á la montaña
cunde pavoroso y triste
despertando á nuestra raza,
y pues que ardiente se agita
en el seno de la Patria
la noble grey de cruzados
que intenta otra vez salvarla,
quiero formar en sus filas
como voluntario. ¡En marcha!
que por encima de todo,
de afecciones y amenazas,
está el amor sacrosanto
á Dios, al Rey y á la Patria.

No siento, no, las fatigas
ni me dan miedo las balas;
la vida perder no temo
ni emigrar á tierra extraña,
ni que muchos me calumnien
y me nieguen honra y fama.
Con ser estas desventuras
tan importantes y tantas,
ni me asustan ni me arredran
ni me apenan ni me alarman.
Lo que siento y lo que pienso,
lo que me importa y me mata
es dejar á estos pedazos
tan queridos de mi alma,
á mi padre tan enfermo,
á mi madre tan anciana,
á mis hermanos tan niños,
mi hermana desamparada.
Si yo no vuelvo ¡Dios mío,
qué será de ellos mañana!
¡Cuánto llanto habrá en sus ojos!
¡cuánto luto en esta casa!...
Pero es forzoso, es preciso,
es un deber que yo parta:
la Madre común me pide
y el R... mi Señor, me llama.
¡Adelante, pues, y calle
la voz de mi pecho... ¡En marcha!!

¡Adiós, adiós, padre mío!
Cuando á lucir llegue el alba,
el primer rayo que baje
á iluminar tu ventana,
será un adiós de tu hijo,
de este hijo de tu alma,
que allá desde las trincheras
tiene para tí y te manda
envuelto en blancos ropajes,
porque su conciencia es blanca.
¡Adiós, madre! Cuando lleguen
los céfiros á tu cara,
deja que bese tu frente
el aliento de las auras,
porque la rápida brisa
te llevará entre sus alas
un beso candente y triste
del hijo de tus entrañas!
¿Te acuerdas cuando era niño
y en tus brazos me estrechabas
y me hablabas de la luna
ponderándome sus gracias?
Pues bien; cuando por la noche
vaya á iluminar tus canas,
tírala un beso, que en cambio
entre sus hebras de plata
irá una lágrima mía
para tí, madre adorada.
¡Adiós, todos! Mi cariño
ha de aumentar la distancia
y el fragor de los combates
y el humo de las batallas.
Siempre en mi pecho sensible,
siempre dentro de mi alma
llevaré vuestro recuerdo
y vuestra memoria santa;
pero haced, en cambio, todos
por conservar la esperanza
de que volveré á mi pueblo
honrado, bueno y con ansia
de besar cien y cien veces
vuestras venerables canas
y de hacer que en un abrazo
se confundan nuestras almas
para ser vuestro consuelo,
para enjugar vuestras lágrimas.

¡Dios mío, guarda á mis padres!...
¡Dios mío, cuida mi casa!...

A. de Redondo.

ESPERANZAS

Cuando traidora enfermedad ha minado la existencia de un individuo, y el estector anuncia la proximidad de un desenlace fatal; si el doliente conserva algo de la integridad de sus facultades, á pesar de su crítico estado, todavía hay en su corazón algo que derrama sobre su alma el bálsamo del consuelo; algo que le hace sonreír en medio de sus morales sufrimientos, ve en perspectiva ilusoria realidad que le hacen soñar con la felicidad fantástica de recuperar la salud que vivamente anhela, volviendo á gozar de la robustez y lozanía de días mejores, que para él ya pasaron para siempre.

Ese algo que tan dulcemente le consuela en aquellos supremos y críticos instantes; ese algo que es causa de que en sus labios cárdenos se dibuje una sonrisa, y que le muestra tan bellas y encantadoras perspectivas, es lo que se designa con el nombre de *esperanza*. «Nodriz de los desgraciados; como dice Chateaubrian, puesta al lado del hombre como una madre al lado de su hijo enfermo, le mece en sus brazos, le suspende en su abundante pecho y le alimenta con una leche que calma todos sus dolores. Vela á su cabecera solitaria y le adormece con canciones encantadoras».

Pero ¡pobre enfermo! Sueña, y sus ilusiones se desvanecen á impulso de su último alhito, y se marchitan abrasadas por las últimas lágrimas que surcan sus pálidas mejillas al dar el adiós postrero á la vida que tantas veces le brindó con sus encantos y dulzuras.

España está enferma, sí, y enferma gravísimamente. Su dolencia ha invadido todo su ser, y esta nación feliz y grande en otro tiempo, hoy sumida en la desgracia más profunda, marchitos los laureles de sus épicos triunfos y nubladas sus esplendentes glorias, sepultada en el lecho del dolor, ve escapársele rápidamente su existencia y acercarse su momento final.

Envenenado el aire que respira; los elementos que en armonía comunican la vida en el desequilibrio más completo, y sin antídoto al alcance de su mano que pueda destruir su enfermedad mortífera, se agita convulsiva en su lecho de muerte, luchando titánicamente con el elemento morboso que la mata.

Pervertidas las ideas acerca de Dios, profesando falsos y disolventes sistemas de moralidad y dominando como consecuencia en las relaciones sociales el egoísmo más absoluto; lejos de estar en condiciones esta nación de alcanzar los fines que son propios de toda sociedad, y por ende de las naciones; lejos de llegar á su engrandecimiento mediante la asección de la perfección en el orden intelectual, moral y material; en lugar de solucionar los problemas científicos más trascendentales partiendo de la base incommovible de la existencia de una primera causa, verdad primera también, y fuente y origen de toda verdad, se encastilla en hipótesis más ó menos profundas é ingeniosas, pero en las que campea el error con cinico descaro, y de una falsa idea de la divinidad viene á las más absurdas deducciones, ajando la belleza que brilla en el hermoso campo de la Metafísica y confundiendo é involucrando con sistemas absurdos las más importantes cuestiones acerca de Dios, del mundo y del hombre, y llenando de tinieblas todo cuanto se relaciona con las gravísimas cuestiones del ser y del conocer.

Y en esta caótica confusión de sistemas, teorías é hipótesis, la justicia, moralidad, obediencia y demás virtudes, que son la base y el fundamento de toda sociedad, y como el alma que la vivifica, olvidadas, despreciadas, miradas con estóica indiferencia, y lo que es más, conculcadas sin pudor en todas las esferas sociales; sustituido, aunque en el fuero interno en muchos, y en otros haciendo ostentación punible, el culto que sólo se debe á Dios, por una repugnante *Egología*, esta nación querida, nuestra Patria, nuestra segunda madre, vive, sí, pero vive una vida muy triste, y vida que no es vida; pues que la muerte la amenaza iracunda y en esta enfermedad que hoy la combate, seguramente perderá su existencia, y dejará de ser como nación.

A pesar de este estado de postración inmensa, de inminente peligro, España se sonríe, la alienta la esperanza y no la hace soñar con dichas y venturas.

¿Tendrá razón?

Escucha, Patria amada: si la dulce esperanza que te mece; si el ideal risueño que contemplas, esperas verlos realizados mediante teorías cual las que hasta este día has profesado; si echada en brazos del racionalismo que te acaricia, brindándote con engañosa panacea en sus teorías políticas, representadas por el execrable, maldito y anatematizado liberalismo, que en el orden de las ideas es un conjunto de ideas falsas, y en el orden de los hechos un conjunto de hechos criminales, consecuencias prácticas de aquellas ideas; si negando á Dios y su revelación divina, y las verdades sobrenaturales que ésta enseña, y la autoridad de su Iglesia, admitiendo y defendiendo esas libertades de perdición que te tienen en la postración en que te encuentras, fantaseas recuperar la salud

que há tiempo tienes perdida, y conservar la vida porque suspiras.... ¡Pobre de tí, Patria querida!

No comprendes si así piensas, te diré con un orador contemporáneo, que el día que se desplome por completo el templo santo de Dios, se estremecerá la tierra hasta en sus cimientos más hondos, y el fuego del cielo, no encontrando en su caída el pararrayos espiritual de la elevada torre del santuario, caerá, no sobre el ara del Altar, sino sobre el trono de la autoridad, sobre la balanza de la justicia, sobre los tesoros del capital, sobre el nogar de la familia, y hasta sobre la Cátedra del sofista; y entre la ruina universal de la sociedad atea que ha renegado de su Dios, resonará la tremenda y pavorosa carcajada del Altísimo: ET DOMINUS IRRIDEBIT EOS, que no de otro modo se derrumbó Babel, pereció Ninive, se destrulló Babilonia, fué asolada Jerusalén, se hundió la Atlántida en el seno del mar, y ardió ante nuestros mismos ojos París, ungido con el petróleo por los sumos sacerdotes del ateísmo contemporáneo.

Por si tu esperanza la fundas en las doctrinas salvadoras que teniendo á Dios por base, son la semilla fructífera de las virtudes que tanto enaltecen al hombre y que, á la vez, son el origen de aquellas cívicas que conducen al ser humano hasta el más admirable heroísmo, sonríe, sí, Patria mía, tu salvación está cerca, porque á tu lado están los leales que militan bajo la bandera que ostenta el hermoso lema de Dios, Patria y Rey.

Ellos ante Dios doblarán su rodilla y pelearán por sus intereses hasta el último límite, si así se les exige, pero al lado de ese respeto, de ese amor, de ese culto, en su pecho arde también el amor santo hacia tí, Patria querida, y si ese liberalismo que te ha colocado en los umbrales del sepulcro, engañado y engañoso te brinda con el antídoto de tu mal, aquí está, Patria mía, la comunión caticomonárquica que pondrá su pecho como muro indestructible ante las negaciones del liberalismo maldito, y no cesará en sus esfuerzos hasta que vea ceñir tus sienes con los laureles del triunfo sobre esa herejía nefasta, y salvada de la enfermedad que te aflige, hagas de nuevo ondear tu bandera á través de los mares, como los Reyes católicos la hicieron ondear sobre los muros de Granada.

Alienta tus esperanzas, no las dejes que se disipen como espiral de humo al soplo de las brisas. Espera, sí, espera que la Comunión Tradicionalista te salvará en esta crisis y al unísono repetiremos el día designado por la providencia:

¡Viva el R...! ¡Viva España! ¡Vivan también las doctrinas salvadoras!

¡Loor á nuestros mártires!

Improvisación.

Los hombres que sacrifican á una idea *todo*, hasta la vida, prueban que aquélla es buena, santa y justa; prueban que sus virtudes también son sólidas, y que tienen fe; verdadera fe que les hace mirar serenos la muerte con el sosiego, con la apacible sonrisa que produce siempre el obligatorio cumplimiento del sagrado deber en todo corazón hidalgo.

Los mártires de la bendita tradición española, no morirán nunca en la memoria de los españoles de vergüenza, porque ellos sacrificaron sus vidas sin más afán que el triunfo del Altar y del Trono; ellos dieron su nobilísima sangre con su último suspiro por la gloria de Dios, por la restauración de su Patria y por el legítimo R... de España, que era su egregio compañero de armas, caudillo insigne y heroico que prefirió el ostracismo á mancharse con *tolerancias indignas*, Sobrano ilustre, nieto de cien Reyes.

¡Loor á los mártires de la tradición, cuya sangre, genuinamente católica y española, es semilla fecunda que hace germinar todos los días nuevos y ardientes defensores de la verdadera libertad, de la independencia, que eclipsó la estrella del vencedor de Europa, y que seguirán siendo *la defensa y la garantía* invencible de la Iglesia Católica, que sin ellos, ya hubiese sido sacrificada á la ira infernal de las hordas masónicas y al maldito *judaismo*!

Esos mártires de la tradición eran descendientes y herederos de aquellos gigantes del verdadero patriotismo que llevaron la limpia bandera roja y gualda á Pavia, para hacer prisionera á la Francia, y en cambio estos patriotas *del presupuesto* la han arrastrado á París para venderla por un puñado miserable de monedas de oro; aquéllos la llevaron para conquistar nuevos mundos, y éstos quieren que sirva de alfombra á los pies de una descendiente del pueblo Deicida, cuyos hijos, por más que lo deseen, jamás podrán conseguir un expediente de limpieza de sangre.

Si es dulce y decoroso morir por la Patria, es además el mayor grado de hidalguía y heroísmo morir por *Dios*, y por la *Patria*, y por el *R....*

¡Loor, respeto, admiración y.... oraciones para los mártires del carlismo!

Francisco G.^a Rodrigo.

Toledo 10 Marzo 1906.

¿Quiénes son los mártires de la tradición?

Fácil es conocerlos. Son los inclitos varones que oyendo pacientemente uno y otro día á los apóstatas de la fe satirizar y burlarse de los dogmas más venerandos, negar las verdades sacrosantas de nuestro *credo*, poner al Redentor del mundo en línea y al nivel de los inventores de fábulas religiosas, despojándole de su divina naturaleza, vendiéndole, mercaderes sin pudor, como el mal apóstol, por satisfacciones de un día: los que sintiendo sus oídos taladrados por el dolor al escuchar las arengas dirigidas á las turbas ignoras, animándolas al saqueo, al incendio, á la demolición de los templos para aprovechar en beneficio propio sus despojos, culpando, para justificar sus desafueros, á los Ministros de Dios, de enemigos de la civilización, de contrarios al bienestar de los pobres, y hasta de ser los causantes de las epidemias que visitaron al pueblo, que atribuyeron á venenos por ellos depositados en las aguas cristalinas de las públicas fuentes: los que viendo con pena en el corazón á merodeadores sin otro ideal que satisfacer sus groseros apetitos, poner las sacrílegas manos en los vasos sagrados, en las venerandas imágenes que despojaron de sus preciosas joyas, en el peculio de las Iglesias que la piedad de los antepasados había ido depositando como testimonio de su sincera adhesión y afecto á la verdad religiosa, y no pudiendo ya contener tanta indignación dentro del pecho, inquieta y perturbada el alma, desbordadas las pasiones por la exaltación producida por el remordimiento, sobresaltada la conciencia con el azote de tantas impiedades, dejaron la ciudad y huyeron al campo á buscar la compañía de las fieras, legando á las generaciones venideras el hermoso ejemplo de un ejército numeroso que elige la muerte del cuerpo por conservar incólume la vida del espíritu.

Son los héroes gloriosos que al ver á la madre patria abrumada de desgracias y pesadumbres, arrojada por el suelo la pesada diadema que había orlado las sienes de Carlos V, rotó el áureo cetro que gobernaba la mitad del planeta, plegada la bandera que había ondeado victoriosa en los mastiles de sus naves al recorrer con soberana majestad todos los mares, en las almenas de los castillos, levantados en todos los continentes, sin la influencia mágica con que solía hacer de cada español un soldado, de cada soldado un héroe, oscurecida su fama, vilipendiado su nombre, opreso el pecho de angustia y sin alientos para sostener en las manos los viejos pergaminos que narran su inmenso poderío y los timbres de su grandeza, como si la luz del sol fuera para ellos siniestra luz de centella, como si respiraran con el oxígeno del aire espíritu de movimiento y fuerza, como si el dolor producido por tanta desventura nublase su vista, á cientos y miles se lanzan al combate, á la violencia de la guerra, prefiriendo la muerte á vivir llorando como niños, de sentimiento, enseñándonos á cumplir los deberes filiales y los caminos que llevan al templo de la gloria y á la regeneración de las nacionalidades.

Son los valientes cruzados heraldos del derecho que, al sentir en su espíritu la mágica palabra lanzada al viento por invicto caudillo, se exaltan sus almas y se mueven á la lucha, á la protesta armada, al restablecimiento de los derechos conculcados, á entrar en nueva vida, en que reine la justicia y alumbre el sol de la verdadera libertad, donde no se escuchen ni el rugir de la impiedad ni la horrenda blasfemia del protervo.

Son, en una palabra, los gloriosos macabeos, los valientes mantenedores de nuestras benditas tradiciones, los varones esforzados que supieron, vertiendo su sangre generosa en legendarias campañas, trazar en el mismo azul del firmamento la historia de sus proezas en defensa de su religión y su patria.

X.

HAGAMOS LO QUE ELLOS

Hoy es día de recuerdos, de oraciones y de sufragios. Hoy es día consagrado por los leales á la memoria de los héroes que sucumbieron en defensa de la Religión y de la Patria y de ayudarles con fervientes expansiones del alma creyente, para que la divina Misericordia les conceda el eterno descanso, si es que ya no lo alcanzaron, como todos creemos.

Hoy es día en que los defensores de la tradición debemos pensar en las virtudes que practicaron tantos hermanos nuestros que, desde las alturas, nos alientan á la perseverancia en nuestras ideas salvadoras.

